

Rosita Denia

Salinero

...Y ya estarán los esteros
rezumando azul de mar.
¡Dejadme ser, salineros, granito
del salinar!

¡Qué bien, a la madrugada,
correr en las vagonetas
llenas de nieve salada,
hacia las blancas casetas!

¡Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero!

Elegía del niño mariscador

El se sabía un camino
que le enseñó una sirena;
cominito de la arena
hacia un jardín submarino.

¡Qué bien que se lo callaba!
¡Y qué bien que se sabía
el camino que llevaba
sus pasos donde él quería!

Desnudo de pierna y pie,
en la paz de una alborada,
por su camino se fue;
se fue diciendo cantares
con su esportilla dorada,
igual que un dios de los mares
desnudo de pierna y pie.

La playa guardó su huella;
y, desde la aurora aquella,
los anchos mares sonoros

aprendieron las tonadas
que él sabía pregonar;
-Los buenos cangrejos moros
y las bocas mariscadas
anoche en la bajamar.

Y aun la marea que viene,
sube que sube, detiene
su empuje verde y sonoro
para no borrar la huella
de su pie, que es una estrella
sobre la arena de oro.

Igual que pasa una vela
llena de sol sobre el mar,
pasó dejando una estrella
de gracia y luz al pasar,
un aire de su cantar,
una huella de su pie,
un dejo de su cariño
y esta leyenda del niño
mariscador que se fue...

Elegía del niño marinero

Marinerito delgado,
Luis Gonzaga de la mar,
¡qué fresco era tu pescado,
acabado de pescar!

Te fuiste, marinerito,
en una noche lunada,
¡tan alegre, tan bonito,
cantando, a la mar salada!

¡Qué humilde estaba la mar!
¡Él cómo la gobernaba!

Tan dulce era su cantar,
que le aire se enajenaba.

Cinco delfines remeros
su barca le cortejaban.
Dos ángeles marineros,
invisibles, la guiaban.

Tendió las redes, ¡qué pena!,
por sobre la mar helada.
Y pescó la luna llena,
sola en su red plateada.

¡Qué negra quedó la mar!
¡La noche qué desolada!
Derribado su cantar,
la barca fue derribada.

Flotadora va en el viento
la sonrisa amortajada
de su rostro. ¡Qué lamento
el de la noche cerrada!

¡Ay mi niño marinero,
tan morenito y galán,
tan guapo y tan pinturero,
más puro y bueno que el pan!

¿Qué harás pescador de oro,
allá en los valles salados
del mar? ¿Hallaste el tesoro
secreto de los pescados?

Deja, niño, el salinar
del fondo, y súbeme al cielo
de los peces y, en tu anzuelo,
mi hortelanita del mar.

Rafael Alberti